

Habitantes de la arena.

La galera es un crustáceo malacostráceo, que vive pegado a los fondos arenosos. A velocidad vertiginosa, excava galerías con los prodigiosos movimientos de sus patas. Y completa el trabajo trasladando los escombros a donde no le molesten con la ayuda de dos potentes apéndices.

Vive en las galerías que excava, y de las que sale para buscar alimento: crustáceos, poliquetos y peces pequeños.

Sus ojos, de aguda visión y elevados sobre pedúnculos articulados son la principal arma para localizar las presas.

Parece incansable, y combina acciones que en las construcciones humanas requerirían varias máquinas.

La galera no es el único animal excavador. Con otra técnica, este molusco gasterópodo consigue el mismo fin: enterrarse y quedar a resguardo de depredadores. ¿O no tanto?...

Se ha metido en el territorio de la galera, y cuando se trata de galerías en la arena, vale más no medirse con un maestro de zapadores.

La galera encuentra el intruso en su túnel y, como si fuera una piedra más, lo saca sin contemplaciones.

¡Y ahora un cangrejo!. Pero no hay interrupción que escape a los ojos verdes y las poderosas pinzas de la galera. El cangrejo jibón no es adversario para la galera, aunque sí ha conseguido distraerla.

Las relaciones entre congéneres no siempre son lo que parecen.

Estos cangrejos mantienen las distancias y luego se acercan, y lo que podría parecer una provocación insolente, también puede constituir un ritual de cortejo. A menudo, los seres que parecen más incompatibles tienen un previsible final juntos.

Pero no se acaba aquí la fauna de la arena.

Las holoturias deambulan sobre la arena con movimientos lentos mientras recogen del sedimento partículas; estas se adhieren a las papilas que tapizan los tentáculos bucales. Además, pueden excavar galerías mediante contracciones del cuerpo.

Pero no siempre anda sola la holoturia. La rubioca es un pez parásito de cohombros de mar, bivalvos y otros invertebrados marinos, del que algunos científicos afirman que para alcanzar la madurez sexual necesita comer gónadas de holoturia, si bien no está comprobado.

Pero las gónadas que serán su alimento están en el interior de la holoturia.

La rubioca juvenil, de cuerpo alargado y comprimido, traslúcido con reflejos argénteos y áureos, no puede vivir libre.

Se aproxima a la holoturia con la boca, y con un movimiento decidido se cuela en su anfitrión.

Huésped y parásito vagan por la arena. Si la rubioca fuera un adulto podría tener vida libre y se alimentaría de presas bentónicas.

La holoturia no muere con esta invasión, aunque si las molestias llegan a ser muchas, parece ser que puede expulsar sus propios órganos externos a fin de librarse de las rubiocas. Luego regenerará dichos órganos, aunque es posible que vuelva a ser parasitada.

A pesar de lo que una persona tendería a pensar, en la naturaleza no hay buenos ni malos. Este es uno de los tantos procesos que en la naturaleza están perfectamente equilibrados y compensados.

Tanto el cohombro como la rubioca desempeñan un papel necesario entre la plétora de organismos habitantes del arena del fondo del mar.